

les cómplices fueron reducidos á prision para ser mas adelante procesados. A la próxima dieta, que habia de celebrarse en Aquisgran, se proponia Luis hacer comparecer á Judith para discutir las acusaciones que contra ella se habian lanzado: primer paso para llamarla de nuevo á la corte y devolverle su antiguo poderío. La reaccion avanzaba á pasos agigantados.

La asamblea de Aquisgran, celebrada en febrero del año 831, completó la derrota de los rebeldes. Para salvar sus personas, Lotario y Pepino entregaron á sus cómplices y contribuyeron á que fueran condenados. Con esto quedaron moralmente anulados en la opinion de sus partidarios, y al parecer inutilizados para el porvenir. Con aplauso del pueblo allí presente, pronuncióse contra Hugo de Tours, Manfredo y los demás caudillos de la rebelion la sentencia de muerte, sentencia que Luis, con clemencia imprudente que despues pagó muy cara, conmutó por las penas de destierro, prision y confiscacion de bienes. Los sacerdotes culpables perdieron sus cargos y sus prebendas. Wala de Corbie, que fué considerado como especialmente peligroso, fué encerrado en una cárcel desde la cual solo podia ver las cimas de los Alpes, las azuladas llanuras del lago de Ginebra y el cielo que sobre unas y otras se extendia. Completamente dominados é impotentes quedaron entonces los enemigos del anciano emperador. Judith compareció en Aquisgran, á donde fué llevada con los honores debidos por órden del emperador, y se manifestó dispuesta á rechazar las imputaciones que contra ella se dirigieran; pero nadie se atrevió á la sazón á repetir lo que en plena via pública se habia dicho. Sin embargo, dada la gravedad de las acusaciones, no bastaba el silencio de los acusadores, pues hasta tanto que no hubiese desaparecido toda sombra de culpa no podia Judith ocupar nuevamente el sitio que habia ocupado al lado del emperador. Por esto, despues de haberlo así acordado la dieta imperial, prestó el juramento de pureza; los votos monásticos que se habia visto obligada á hacer fueron declarados nulos por sentencia eclesiástica, hecho que despues fué pretexto para los ataques de sus adversarios, que proclamaron que los votos habian hecho imposible su vida en el mundo. Esto no obstante, Judith recobró muy pronto toda su consideracion y dominó por completo al emperador apenas hubo regresado á su país Luis de Baviera. Quien mas humillado se vió fué el emperador Lotario: señor del imperio durante corto tiempo, habia perdido nuevamente su dignidad de co-emperador, y reducido á administrar la Italia, se halló en la misma situacion en que se encontraba cualquiera de sus hermanos, llevando consigo á su destierro no solo el oprobio de haber abandonado á los hombres que á todo se habian atrevido por él, sino tambien el de haber contribuido eficazmente á su ruina.

Pero como nadie estaba tampoco contento con tal estado de cosas, no fué tampoco de mucha duracion, y muy pronto la corte fué teatro de nuevas contiendas. Mientras el conde Bernardo, queriendo disfrutar de los resultados de la victoria obtenida sin su cooperacion, ambicionaba de nuevo el cargo de intendente, Gunthbaldo, aquel monje á cuya secreta actividad tanto debia el emperador, procuraba adquirir preponderante influencia. Con estos molestos desórdenes puede estar relacionado el hecho de convocar Luis, poco despues de la de Aquisgran, una asamblea imperial en Ingelheim (mayo de 831), en la cual, con sorpresa de todos, indultó á los cómplices de sus rebeldes hijos, dándoles permiso para regresar de su destierro, recuperar sus bienes y volver al mundo los que habian entrado en un convento. El anciano y testarudo Wala fué el único á quien no alcanzó la gracia imperial; temíase la influencia que sobre Lotario ejercia, y

para evitar que se comunicara con él, se le trasladó desde el lago de Ginebra á una pequeña isla situada cerca de la desembocadura del Loira. Esta política de contradicciones no podia entonces producir el resultado apetecido. Al rehabilitar de nuevo á los adversarios antes sojuzgados, humillados y maltratados, les daba la posibilidad de vengarse, y al mismo tiempo ofendia y se enajenaba á los que en los dias de peligro habian permanecido fieles al emperador. Así amigos como enemigos sufrían un desencanto. Funestos acontecimientos ocurrieron en la dieta que se celebró en Diedenhofen durante el otoño del año 831. A ella asistió el conde Bernardo de Barcelona, y sin tener para nada en cuenta el juramento de pureza prestado por su supuesta cómplice Judith, se ofreció á rechazar todas las acusaciones que contra él se habian lanzado por medio de un desafío, y como no se presentara ningun acusador, prestó su juramento de pureza. El rey Pepino no habia correspondido á la invitacion que se le habia pasado para que se personara en Diedenhofen; al serle aquella reproducida, contestó con evasivas y procuró aplazar su viaje, pues tenía motivos para temer la venganza de Judith. Cuando, por último, se presentó en Aquisgran, el dia de Navidad, fué mal recibido, y solo por medio de una fuga secreta pudo evitar el verse reducido á prision.

En Pepino de Aquitania odiaba Judith al hombre culpable de su humillacion en Verberie, de las amenazas que contra su vida se habian proferido, de su ingreso en el convento, de la maledicencia que tanto habia perjudicado á su fama, en una palabra, de todo lo malo que le habia acontecido. Al deseo que tenia de vengarse de él se unia el afán de asegurar una posicion brillante á su hijo, para lo cual contaba todavia con el auxilio de Lotario, á quien creia poder conquistar para la realizacion de sus planes y la defensa de su hijo Carlos. El destinado á pagar todo esto era Pepino, cuyos dominios debian constituir el dote de Carlos. Al principio todo fué á medida de los deseos de Judith: en la primavera del año 832, Lotario y Luis de Baviera, con sus ejércitos, debian reunirse con su padre en Orleans, á donde tambien habia sido citado Pepino. Pero á pesar de que Judith, para evitar todo ataque, habia alejado de la corte al conde Bernardo, sus adversarios no se dieron punto de reposo, sobre todo el infatigable Manfredo, el cual consiguió captarse la amistad de Luis de Baviera, haciéndole ver que el engrandecimiento de los territorios alemanes concedidos á Carlos debía realizarse en primer lugar á costa de los vecinos dominios bávaros. Por eso cuando Ludovico Pio se aprestó á invadir la Aquitania se sublevaron á la vez Pepino y Luis de Baviera, el cual conquistó rápidamente la Alemania, se hizo jurar fidelidad por aquella poblacion y se preparó á invadir el territorio franco del Este. Como era natural, Luis desistió de su expedicion á Aquitania y se dirigió apresuradamente á Maguncia: el dia 18 de abril se le unieron allí los ejércitos franco y sajón, y pocos dias despues se encontraron en Worms frente á frente y dispuestos á luchar el padre y el hijo. Pero el joven Luis evitó la batalla, pues sus esperanzas de que los francos y los sajones imitarían el ejemplo de los bávaros quedaron defraudadas. Además la desercion comenzó á diezmar sus tropas, en vista de lo cual apresuróse á regresar á Baviera, no sin asolar antes aquellos territorios. El emperador le siguió de cerca y se encontró muy pronto en Augsburg. Allí Luis se presentó á su padre, quien le acogió benévolamente, juró enmendarse y pudo regresar á su reino, que conservó íntegro. La clemencia mostrada por Luis entraba indudablemente en los planes de Judith: el príncipe bávaro debía, unido á su madrastra, ser un aliado de Carlos y del reino que á este se habia de conceder, y era preciso evitar á toda costa que se aliara con

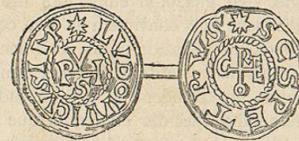
Pepino de Aquitania, que persistia en su rebelion y á quien Judith se habia propuesto aniquilar. Razon tenia para ello, pues Bernardo, conde de Barcelona, su antiguo y mas importante aliado, y su cómplice en opinion de muchos, se encontraba á la sazón al lado de su enemigo Pepino, en cuyo ánimo debia ejercer muy pronto poderosa influencia. Ignoramos por completo los motivos que indujeron al conde á cambiar de partido.

Durante el otoño del año 831 se comenzó la campaña de Aquitania. Luis, despues de haber asolado el país, invadió desde Orleans la comarca de Limoges sin encontrar seria resistencia, y ya en octubre el rey Pepino y el conde Bernardo se presentaron en el palacio de Yonac (hoy Le Palais, en el departamento del alto Vienne) delante de Luis para ser por él juzgados. De nada le valió esta vez al conde Bernardo declarar, en el tono provocador que le era peculiar, que estaba dispuesto á justificarse en desafío de todas las inculpaciones: perdió su cargo y sus feudos y fué retirado de la Marca hispánica. Peor suerte estaba destinada á Pepino: su promesa de enmienda no pareció suficiente, Judith queria otra satisfaccion. Mientras Pepino y su familia permanecian encarcelados en Tréveris, de donde no debian salir hasta que verdaderamente se enmendara, la Aquitania, que sin serle arrebatada expresamente quedó de hecho perdida para él, pasó á manos del joven Carlos y la nobleza del país tuvo que prestar juramento de fidelidad al nuevo soberano. A pesar de todo, los triunfos conseguidos por el emperador Luis se desvanecieron con sorprendente rapidez. El rey Pepino, al ser conducido á Tréveris, consiguió escapar y refugiarse en el interior de Aquitania. El emperador, que habia licenciado ya á sus tropas, tuvo que organizar un nuevo ejército y comenzar la persecucion del fugitivo, á pesar de que habia entrado la mala estacion y de que las continuas lluvias, las nieves y el frio hacian casi imposibles todos los movimientos. Las tropas del emperador, aniquiladas por los vanos esfuerzos que esta caza les obligaba á hacer, enfermas y miserables á consecuencia de la cruda temperatura, molestadas y descorazonadas por la guerra en pequeña escala que con gran ardor emprendieron los partidarios de Pepino, regresaron por fin á su país en un estado que no hubiera podido ser mas deplorable aunque hubieran sufrido la mas terrible derrota. Luis llegó á fines del año 832 al Mans como un general derrotado y fugitivo.

Tan triste fin de la campaña de Aquitania fué un rudo golpe asestado á la situacion de Luis, que ya no estaba muy segura. La sublevacion se extendió rápidamente por Aquitania, pues Pepino estaba decidido á defender á todo trance su territorio. Entonces se vió claramente cuáles eran los planes de Judith: la ley de sucesion del año 817 habia perdido toda su fuerza; los dos hijastros de menos edad iban á ser despojados de sus reinos y el imperio debia ser únicamente distribuido entre Lotario y Carlos. Esto implicaba tambien una gran pérdida para Lotario, pues se veia nuevamente privado del cargo de co-emperador y parecia como caducado su derecho imperial. Comprendió, pues, claramente que al ofrecer su apoyo para despojar á sus hermanos labraba su propia ruina, y que su derecho estaba íntimamente enlazado con los de sus hermanos. A la sazón parecia haber llegado el momento oportuno de salir de la red de adulaciones y falsedades en que le habia envuelto Judith, de aliarse con sus hermanos y de defender con los derechos de estos los que él tenia á la corona imperial; y en efecto, en el año 833 se levantó tambien Lotario contra su padre.

Luis, con su extraña é incierta política, habia suscitado contra sí otro poder, y por cierto, y esto tiene algo de trágico, que era el mismo cuyo favor habia procurado en todo

tiempo con tanto afán conquistarse. La Iglesia tenia especial interés en la ley de sucesion del año 817, por lo mismo que esta, en su parte principal, era obra suya. El emperador, por la frecuencia con que la habia violado, se habia atraído la oposicion de una gran parte del clero franco, precisamente la mejor por su moralidad, ilustracion y talento político. Años hacia que un hombre de la importancia de Wala de Corbie gemia sepultado en miserable cárcel. Los últimos sucesos de Aquitania, la manera horrible con que se jugaba con el juramento de fidelidad, hubieron de indignar profundamente á la Iglesia. Además, Lotario, el representante de la unidad del imperio, solicitó una intervencion del obispo de Roma en favor suyo: la violacion de la ley de sucesion pudo ser considerada como un insulto á la respetabilidad de la Iglesia, que habia consagrado emperador á Lotario; y la ocasion que se ofrecia entonces de hacer valer la autoridad de la Iglesia enfrente del Estado era demasiado favorable para que Roma la desperdiciara. El papa Gregorio IV, en compañía de Lotario, emprendió, en la primavera de 833, el camino del Norte. Antes que ellos salió un de-



Moneda del papa Gregorio IV.

Anverso: En el centro hay un monograma que dice: PIVS, y al rededor la inscripcion: LVDVVICVS IMP. Reverso: Ocupa el centro el monograma del nombre del papa, GREGOR, y al rededor se lee la inscripcion: SCS PETRVS.

creto pontificio en el cual se recomendaba al clero del imperio franco que con oraciones y ayunos impetrara la especial proteccion del cielo, y que se presentara personalmente al papa. Pero el anciano emperador contaba todavia con muchos partidarios en el episcopado de su imperio, y aun entre los mismos obispos que seguian á sus hijos rebeldes habia muchos que no veian con buenos ojos el sistema jerárquico que desde Roma trataba de imponerse. Por eso las exhortaciones pontificias no fueron obedecidas del modo que se esperaba. A los primeros movimientos de oposicion contestó inmediatamente Gregorio IV con la amenaza del entredicho; pero tampoco produjo el efecto deseado, antes al contrario los obispos del partido imperial se reunieron para redactar una declaracion enérgica y hasta altanera. En ella echaban en cara al papa la violencia de su proceder, que se avenia muy mal con el juramento de fidelidad prestado al emperador; pedíanle, además, que en vez de invitarles á ellos á que se le presentaran, compareciera en la residencia imperial para convencerse allí personalmente de la justicia de las modificaciones que se habian introducido en la ley de sucesion del año 817; y en cuanto á las medidas que pensaba adoptar el papa, y que ellos consideraban injustas, se negaron decididamente á tomar parte en ellas. Esta actitud de los obispos causó, al parecer, cierta impresion en el ánimo de Gregorio IV, pero los partidarios de la unidad del imperio persistieron tenaces en la política hasta entonces por ellos profesada, especialmente el anciano Wala, el cual, puesto en libertad á consecuencia del último movimiento, abandonó despues de alguna resistencia la soledad de Corbie y se dirigió al campamento en que se encontraban Lotario y Gregorio. Una vez allí, demostró enérgicamente al papa la grandeza del poder pastoral y jurisdiccional supremo que

Dios y San Pedro habían puesto en sus manos y que no tenía superior en la tierra. Consecuencia de esto fué que Gregorio contestara negativamente á la declaración de los obispos, á los cuales echaba en cara que por amor á frívolas ventajas terrenales se hubieran puesto al servicio del poder civil; les acusó de perjuros por haber variado la ley sucesoria que solemnemente habían jurado, de resultas de lo cual habían caído sobre el imperio toda clase de calamidades. No se armoniza con estas palabras nuevas negociaciones: Gregorio IV en persona se presentó en el campamento de Luis para aplacar la injusta cólera que contra sus hijos sentía. El emperador le dispensó grandes honores y el papa permaneció algunos días á su lado. Parecía, pues, que se estaba en vías de arreglo, y en efecto, el emperador dió á Gregorio plenos poderes para que conviniera la paz con sus hijos. Estos, sin embargo, no pensaron nunca seriamente en la paz y la prolongada permanencia del papa en el campamento de su padre,—quizás sin considerar el papel árduo y delicado que allí representaba,—les dió el tiempo que necesitaban para llevar á cabo el hecho de traición inaudita que meditaban. Los medios infames y los innobles procedimientos de que para ello se valieron son naturalmente ignorados por nosotros. Una deserción sin ejemplo privó de repente al anciano emperador de todo su séquito y le puso indefenso en manos de sus rebeldes hijos y de los cómplices de estos. A manera de torrente cuyo ímpetu se aumenta á medida que avanza (1), se pasaron del campamento de Luis al de sus hijos primero algunos soldados, luego pequeños pelotones que desertaban en un principio secretamente y despues de un modo descarado; el número de desertores crecía por momentos, hasta que por último hubo una cínica emigración de los magnates seculares y eclesiásticos desde el campamento de Luis al del enemigo, de manera que el emperador se encontró solo con Judith, Carlos y un puñado de servidores leales. De nada sirve que los desertores procuraran justificar su acción indigna, ni que algunos hipócritas aduladores pretendieran ver en este hecho un milagro divino y ensalzaran la bondad del cielo, que había evitado la lucha que amenazaba estallar, haciendo de dos campamentos uno solo. El buen sentido popular, que no entiende de tales retóricas, se indignó profundamente y miró con desprecio y con horror á los autores é instrumentos de aquel suceso. El recuerdo de aquella inaudita deslealtad cometida en Lügenfelde, cerca de Colmar, si no por impulso y bajo la dirección, por lo menos con anuencia del jefe supremo de la Iglesia, vivió en la memoria de las posteriores generaciones; y semejante traición fué considerada como una mancha ignominiosa arrojada sobre el principado alemán y sobre los herederos de la familia de los carlovingios. Ya se comprenderá que bajo esta impresión, los hijos de Luis se enajenaron las simpatías de sus pueblos, los cuales abrazaron con nuevo y mas caluroso entusiasmo el partido del anciano emperador, y así en el momento de su ruina se le ofreció á Luis la posibilidad de rehabilitarse.

Como era natural, no pensó en oponer resistencia á los guerreros que el día 30 de junio se aprestaban en el campamento de sus hijos para el ataque. El mismo aconsejó á los pocos que habían permanecido á su lado, entre los cuales figuraban sus hermanos naturales Drogo de Metz y Hugo, que por su causa no expusieran sus vidas, y antes al contrario se pasaran también á sus hijos; algunos lo hicieron así con el llanto en los ojos, otros huyeron para evitar, en remotas tierras, la venganza de los rebeldes triunfantes. Luis imploró la protección de sus hijos para salvarse del ataque que le amenazaba, y le fué intimada la orden de presentarse en el campamento de aquellos; y despues que se le hubo prometido respetar su vida y las de Judith y de Carlos, emprendió aquel penoso camino. Sus hijos le recibieron con aparentes muestras de veneración, y aun se cambiaron algunos besos, pero apenas hubieron llegado al campamento, Luis y los suyos fueron verdaderos prisioneros. Luis y Carlos ocuparon, con la necesaria servidumbre, una tienda en el campamento de Lotario; Judith fué entregada á Luis de Baviera y conducida, al través de los Alpes, á Tortona, siendo tratada por el camino con rigor extremo.

El destronamiento de Ludovico Pio era un hecho consumado: Lotario ocupó su puesto, no siendo para ello necesario que, como dice una narración, el papa Gregorio IV y los magnates seculares y eclesiásticos que se encontraban en el campamento de Colmar destituyeran antes solemnemente á Luis y obligaran á Lotario á hacerse cargo de la soberanía vacante amenazándole en caso contrario con poner á otro al frente del imperio. En efecto, no era esto necesario, porque como co-emperador coronado era Lotario señor legítimo de los dominios imperiales desde el momento en que dejara de serlo su padre. Así es que se le prestó el juramento de fidelidad. A los partidarios de la unidad del imperio, en el sentido estricto de la frase, les estaba, sin embargo, reservado un gran desencanto, pues los hijos vencedores hicieron una nueva división de los Estados imperiales que constituía un atentado á la unidad mucho mayor del que le hubieran inferido Luis y Judith con la donación que querían hacer á Carlos. En efecto, mientras el emperador Lotario conservaba en Italia toda la parte central del imperio, especialmente la Austrasia propiamente dicha con Aquisgran, Pepino no solo recobró la posesión de toda la Aquitania sino que recibió además el ducado del Maine y los territorios costaneros comprendidos entre el Loira y el Sena y quizás también el condado de Anjou. En cuanto á Luis, anexionó á la Baviera la Alemania, la Alsacia y la mayor parte de la Francia oriental, junto con Sajonia y Turingia: entonces apareció por primera vez la que despues fué Alemania como un grupo de países compacto y separado del decadente imperio.

Como se vé, la solución que al asunto se había dado estaba en contradicción abierta con el objetivo que los iniciadores del movimiento se habían propuesto. La que llevó peor golpe fué ciertamente la Iglesia. ¿Bajo qué aspecto se presentaba á la sazón la política de Gregorio IV? ¿Cómo justificar las censuras que el papa había lanzado contra los obispos por haber desertado de la causa de la unidad imperial por la Iglesia consagrada? Desengañado y disgustado regresó á Italia Gregorio, pues la Iglesia en vez de obtener un triunfo había sufrido una derrota moral. Y sin embargo, estos acontecimientos le tenían reservadas aun mayores humillaciones. Una de ellas fué que Lotario se llevó consigo á su padre, como prisionero, y le entregó á los monjes de San Medardo de Soissons, y mandó encerrar al joven Carlos, cual si fuera un criminal, en el monasterio de Prüm. Peor todavía fué la manera inaudita con que se procuró por medios eclesiásticos anular al destronado emperador é inutilizarle para cualquier tentativa de restauración. En octubre del año 833 reunióse en Compiègne, por invitación de Lotario, una asamblea

(1) *Vita Ludovici*, c. 48.

imperial, á la cual no faltó casi ninguno de los cómplices eclesiásticos de los rebeldes hijos. Estos, dirigidos por los arzobispos Ebo de Reims y Agobardo de Lyon, se reunieron en sínodo y tomaron una serie de acuerdos que robustecieron el poder de la Iglesia y de sus servidores enfrente de los poderes terrenales. Despues de esto, enviaron al convento de San Medardo, para que se avistaran con Luis, algunos emisarios de entre ellos mismos escogidos, los cuales entregaron al anciano emperador, en nombre del sínodo, una nota por este redactada de los pecados que había cometido durante su reinado, para «hacerle ver como en un espejo toda la odiosidad de sus faltas,» amonestándole que reconociera la exactitud de aquella nota é hiciera penitencia pública por las culpas que en ella se le echaban en cara. Luis pidió y obtuvo tiempo para pensar, pero le asediaron de continuo, y tanto afectaron y martirizaron al infeliz emperador, ya de suyo tímido, con el castigo del cielo por sus pecados no purgados, que acabaron por vencerle completamente. Luis se confesó culpable arrodillado delante de los obispos, y se manifestó dispuesto á cumplir la penitencia que la Iglesia le impusiera y á seguir sus preceptos. Entonces fué llamado Lotario para que presenciara el espectáculo que se preparaba en la iglesia de Santa María, del convento de San Medardo; los magnates se apresuraron á acudir allí desde Compiègne; el pueblo, ávido de novedades y presa de inquietud, se presentó en el sitio designado en número tan grande que el espacio que le estaba señalado no pudo contener tanta masa de gente. Delante de todos, púsose Luis de rodillas al pié del altar é hizo en voz alta y con los ojos arrasados de lágrimas confesión de sus pecados; dijo que con frecuencia había descuidado sus deberes de soberano, que había causado disgustos á la Iglesia y que había llevado la miseria y la aflicción á sus territorios y á sus súbditos, y añadió que estaba dispuesto á hacer penitencia pública para que la misericordia divina le perdonara tantas culpas. Los obispos le excitaron además solemnemente á que hiciera confesión completa y sin reserva de sus pecados, añadiéndole que no debía mostrarse tan poco sincero como tres años antes se había manifestado en el acto de penitencia realizado en Compiègne. Luis se declaró dispuesto á ello, despues de lo cual se le recomendó que confesara su culpabilidad, especialmente en los puntos que le habían sido indicados por los obispos en las conferencias que previamente con ellos había tenido. Entonces Luis leyó en un documento que de antemano le había sido entregado la lista de sus pecados, que estaban clasificados, como en un acta de acusación, en tres grupos principales, á saber: profanación de cosas santas, muertes y perjuros. De perjurio se había hecho reo el emperador, no solo variando la ley de sucesión del año 817 y haciendo jurar á sus partidarios las disposiciones tomadas en su lugar sino también por haber faltado á las promesas que hizo á su padre en el acto de su coronación. En este capítulo se incluían los hechos de obligar á sus hermanos naturales á entrar en el estado eclesiástico, de desterrar á Wala y otros muchos. La profanación de cosas sagradas la cometió cuando hizo la leva durante la cuaresma del año 830, y de asesinato se había hecho culpable con lo sucedido con el rey Bernardo. Con todo esto todavía no se creyó haber humillado bastante al emperador ni haberle desacreditado suficientemente á los ojos del pueblo, así es que le hicieron responsable de todas las culpas que otros habían cometido con ocasión de los desórdenes por él ocasionados en el imperio. Los abusos á que se entregaron sus guerreros, especialmente en templos y monasterios, se consideraron como profanaciones por él mismo llevadas á cabo; el que allí fué muerto, lo había sido por propia mano de Luis y los juramentos quebrantados por los

rebeldes fueron considerados como otros tantos perjuros del emperador. En una palabra, todas las injusticias, deslealtades y pecados que contra él se habían cometido, se le imputaron á él, porque habían sido cometidos contra un acto arbitrario suyo y se consideraron como injusticias, deslealtades y pecados suyos. ¡Hasta el juramento de pureza, prestado por Judith, fué contado como perjurio por él cometido!

Despues de leído, este documento fué depositado en el altar, donde dejó Luis también su túnica de caballero. Además se le despojó de los distintivos del poder y se le puso el rústico sayal de penitencia que en el altar se tenía preparado. Luis quedaba en adelante incapacitado para llevar las armas y solo podía vivir como penitente. Además de esto y despues de haberse testimoniado el acto de penitencia detalladamente, y despues que este testimonio fué debidamente legalizado, Lotario hizo encerrar á su padre en el convento de San Medardo y luego se le llevó consigo como prisionero de Estado primero á Compiègne y despues á Aquisgran. Los eclesiásticos que tenían el encargo de vigilarle incitaban de continuo á Luis á que diera el último paso, haciéndose monje y sepultándose por todo el resto de su vida en un convento. Digno es de notarse que Luis, que en su juventud se sentía á menudo impulsado á ello, nada quisiera entonces saber de tal proyecto y opusiera tenaz resistencia al premeditado plan con que se le quería hacer figurar en vida entre el número de los muertos. Esto se debe sin duda á que aun en medio de sus mayores calamidades no perdió nunca la esperanza de ver cambiada su suerte. También lo tenían así los vencedores de Lügenfelde, pues únicamente el cuidado que podía inspirar la conservación de una victoria tan infamemente conseguida explica el proceder sin ejemplo que Lotario y sus cómplices siguieron con el destronado emperador, proceder en el cual vemos al hijo contra el padre, á los magnates rebeldes contra su soberano, á los obispos y sacerdotes contra el hombre que había procurado servirles antes que todo y que había pospuesto todos sus deberes al deseo de hacerse agradable á la Iglesia. Este mismo proceder era la mas acerba crítica del hecho consumado, que solo podía ser llevado á cabo de aquella manera y que, por lo tanto, contra la idea que había guiado á sus iniciadores, debía precipitar aquel temido cambio. Este ocurrió mucho antes de lo que Ludovico Pio podía esperar.

La rebelión de los hijos contra el padre, en vez de restablecer la unidad del imperio, había sido causa de una nueva aplicación del principio de división. La confesión que Lotario había obligado á hacer á su padre era la condenación de su propia conducta. El acto de penitencia de Soissons, indudablemente llevado á cabo sin consentimiento ni conocimiento de Luis y de Pepino, presentaba á Lotario íntimamente ligado con la Iglesia y le hacía el representante de la unidad del imperio. Pepino y Luis tenían, por lo tanto, motivos para recelar de tal alianza. Lo sucedido fué también criticado en otras esferas, siendo notable que todos los documentos privados que de aquel tiempo han llegado hasta nosotros siguieron contando por los años del imperio de Ludovico. No faltaba tampoco quien ignorara la destitución de este. La noticia de la infame conducta seguida con el anciano emperador despertó, al parecer, gran indignación, especialmente en la parte franco-oriental del imperio; las tribus allí residentes, exentas de la inquieta volubilidad de los romanos del Sur y de Occidente, y unidas por vigorosas relaciones con el gobierno de Luis, nunca parecieron tan descontentas como en aquella época. Los sajones, sobre todo, se habían mostrado siempre fieles adictos al emperador. Lo propio que en la primera restauración de este, partió entonces el primer golpe de las comarcas orientales. A fines del